

tes intelectuales nuevas para revitalizar la creación española anquilosada, sin perder de vista los valores auténticamente hispanos. Cadalso, hombre fino y culto, supo tomar de los clásicos y de las tendencias literarias vigentes en la Europa de su tiempo, los elementos necesarios para dotar a su obra de dos signos que distinguen a los verdaderos talentos: el espíritu crítico y la invención personal.

Cuando se habla de precursores del Romanticismo —en el sentido de dar un amplio margen a la pasión en la obra personal, tomando del clasicismo la forma correcta y pulcra, pero no la «imitación de fondo» de los modelos— es indudable para todos los comentaristas que Cadalso fué el primer adivinador de las posibilidades de una nueva orientación literaria. Alguna de sus obras —las *Noches lúgubres*, relato dialogado del patético episodio de su existencia, en el que hizo desenterrar para contemplarla una vez más a la mujer que amaba, la actriz María Ignacia Ibáñez— puede ser considerada en justicia la primera creación romántica española, con sesenta años de antelación.

Las *Cartas Marruecas*, obra póstuma de su autor, cuyo manuscrito recogieron en su tienda de campaña sus camaradas de armas y de letras, es asimismo un antecedente de muchas cosas posteriores. Palpita en ellas ese hondo amor a España al que se llega «por el amargo camino de la crítica», sentido por tantos ingenios españoles. Arrancando de Guevara, Cervantes y Quevedo, Cadalso precede a Larra, a Ganivet, a Unamuno. Pero por vivir en el siglo de las pelucas blancas, la ironía de Cadalso no llega a ser sarcasmo, violencia o tremenda pasión española, sino que se contiene en unos exquisitos

modales y una gracia cortesana. Aunque escritas hace casi dos siglos, las *Cartas Marruecas* —como otra obrita encantadora de su autor *Los eruditos a la violeta*— conservan plena lozanía, tal vez porque ni el mundo ni nuestras costumbres han variado demasiado. Entre los «eruditos a la violeta» de hoy subsiste el viejo vicio de creer que todo lo de fuera, sólo por el hecho de serlo es bueno, del mismo modo que los «españoles rancios» —también esta designación es de Cadalso— del día continúan aferrados a la manía de que todo lo extraño es malo. Cadalso tenía y sigue teniendo razón con su virtud del justo medio. Esto es, con la pulcritud de su prosa, su mejor y mayor mérito literario.

Porque personalmente su mérito mayor es el de haber dado su sangre todavía joven —murió a los 41 años mandando una batería avanzada en el sitio de Gibraltar el 27 de febrero de 1782—. Su bizarría y su fama fueron tales, que los militares ingleses de la plaza sitiada le rindieron honores con sus baterías. (¿Qué hubieran dicho de vivir entonces los «gentlemen» que hoy gobiernan Inglaterra, que motejan de «criminal de guerra» a cualquier adversario valeroso?)

Ahora el encargo. Te ruego que vayas a la iglesia parroquial de San Roque, en cuya nave principal y cerca de la capilla de San Antonio está la sepultura del poeta-soldado, cubierta por una sencilla lápida de mármol con una inscripción latina, y dejes sobre ella cinco rosas, que encontrarás abudantísimas en cualquier jardín de Algeciras, La Línea o San Roque. Bien merece este homenaje de una chica fallangista aquel ilustre español, de quien dijo otro ilustre escritor gaditano como él: «Como militar, siempre fué de su obli-